

Doctor ALEJANDRO DUSSAUT

JOSE MARIA FERNANDEZ COLMEIRO
SU VIDA Y SU OBRA

*Conferencia pronunciada el 15 de agosto
de 1959 en el homenaje tributado por el
Ateneo Pi y Margall, Sección Cultural del
Centro Republicano Español*

BUENOS AIRES

1 9 5 9

Editada por el Consejo de Galicia en adhe-
sión al homenaje al ilustre científico gallego,
doctor José María Fernández Colmeiro

PALABRAS DE PRESENTACION DEL PRESIDENTE DEL
ATENEO PI Y MARGALL, Prof. ANTONIO HURTADO

El Centro Republicano Español y su sección Cultural, el Ateneo "Pi y Margall", han decidido dedicar la conferencia de esta noche a la exaltación del doctor José María Colmeiro, conspicua personalidad médica y científica recientemente fallecido, en el destierro, en París.

Honrar a los compatriotas ilustres, divulgando sus vidas ejemplares y enalteciendo su recuerdo, es una de las misiones que desde su fundación viene cumpliendo este Ateneo

Y no hay duda alguna que el doctor Fernández Colmeiro merece indiscutiblemente esta exaltación. En tres aspectos fundamentales: como hombre, como demócrata y como científico, el doctor Fernández Colmeiro ha llenado ampliamente los requisitos que pudiéramos estimar necesarios para esta distinción. Como hombre ha demostrado a través de su vida sentir y practicar en todo momento, aún en las circunstancias adversas, su honestidad intachable, su contracción al trabajo, su desprendimiento y su solidaridad con el prójimo; como demócrata lo patentizó fehacientemente cuando en 1936 optó por quedarse en España, junto

a su pueblo, prefiriendo sufrir los horrores y los peligros de la guerra brutal desatada por el totalitarismo contra la República, a regresar al Uruguay, su habitual residencia, donde había logrado una situación privilegiada económicamente; y como médico, como científico, en sus numerosos estudios presentados en congresos médicos de todo el mundo, en sus brillantes trabajos sobre cancerología, que le dieron fama universal, y en su actuación en el Instituto Curie, de París, donde desempeñaba cargos de la mayor responsabilidad.

Para hablarnos de él, de su vida y de su obra, ocupa hoy nuestra tribuna una eminencia médica argentina, el doctor Alejandro Dussaut, compañero y amigo dilecto del doctor Fernández Colmeiro.

Y acompañándonos, en unión de otros ilustres médicos argentinos, que adhieren así al homenaje, está entre nosotros el doctor Andre Thomas, director del Hospital de Broussais de París y Profesor de la Sorbona, que forma parte de la selecta delegación francesa que está interviniendo en el Congreso Internacional de Fisiología que se está celebrando en Buenos Aires.

Pocas personalidades, como la del doctor Dussaut, pueden realizar, tan brillantemente, el estudio y la exaltación de la vida del doctor Fernández Colmeiro. Intimamente ligado a él durante el destierro, nuestro conferenciante, que es un demócrata integral, un hombre sumamente sensible a las circunstancias sociales y un médico destacadísimo, pudo captar a través de una amistad sincera, surgida de análogos afanes y sentimientos, las relevantes dotes de nuestro compatriota.

El doctor Dussaut, que obtuvo su doctorado en medicina en 1923, es actualmente profesor de Técnica Quirúr-

gica de la Facultad de Medicina, Jefe del Servicio de Medicina y Cirugía de Urgencia del Hospital Bosch, Jefe del Servicio de Cirugía del Hospital "Casa de Auxilio" de José C. Paz, cirujano del Servicio Médico de "La Prensa" y director cirujano de la Clínica Dussaut. Pertenece a distintas instituciones médicas del país y del extranjero y ha concurrido como representante de la Facultad de Medicina de La Plata y de la Sociedad Argentina de Cirujanos a diversos congresos médicos. Del mismo modo, invitado por la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia visitó los principales centros médicos de dicho país, interviniendo en el 52º Congreso de Cirugía de París. Es asimismo autor de numerosos trabajos sobre su especialidad.

El doctor Dussaut, que honra hoy la tribuna del Ateneo "Pi y Margall", y al que agradecemos vivamente su intervención, está en el uso de la palabra.

JOSE MARIA FERNANDEZ COLMEIRO

SU VIDA Y SU OBRA

Por el Dr. Alejandro Dussaut

Se fué Fernández Colmeiro, silenciosamente, con la modestia que caracterizó su paso por la tierra, respondiendo al contenido de esa frase que era de él: "La caridad tiene una flor, el silencio".

Un día de julio de 1955, en la terraza del café Deux Magots de París, el azar me puso en contacto con un hombre que bien pronto comprendí que habría de ser un gran amigo.

De aspecto modesto, de talla pequeña y de facciones amables, esbozaba siempre una sonrisa que lo hacía propicio al diálogo y la amistad, mostrándose tal como era, con la buena disposición que lo caracterizaba y un espíritu de tolerancia y comprensión digno de los grandes hombres.

Después de dos o tres contactos sellamos la amistad; era él el amigo que me hacía falta, coincidíamos en todo, varias razones lo podían explicar, pero por sobre todo una habría bastado: los dos vivíamos la angustia de la patria oprimida, él era español de fuerte arraigo, mi condición de argentino me permitía comprender su drama que no era otro que el mío, el drama de los hombres libres que rechazan la tutela extremista que caracteriza los totalitarismos de derecha o de izquierda.

Nuestra condición hipocrática favoreció el acercamiento, pues los médicos hablamos un mismo idioma que explica el sentido humanista que se adquiere con la profesión, guiando nuestras acciones y nuestros juicios, y cuando a poco de conocerlo supe que se trataba del prestigioso cancerólogo español don José María Fernández Colmeiro, jefe de Roentgenterapia de la Fondation Curie, no pude menos que expresarle mi satisfacción por que la casualidad me hubiera puesto en contacto con un hombre de su relieve, cuyo prestigio había traspuesto el continente.

Desde ese día le visité con mucha frecuencia en el hospital y mientras esperaba que diera fin a su labor, observaba cómo atendía los enfermos, predominantemente señoras por la índole de su especialidad; su trato afable y cariñoso explicaba la atracción que ejercía sobre sus pacientes, a quienes les decía con frecuencia: "Venga usted a visitarnos, ya sabe usted que aquí se le quiere mucho".

Era un filántropo que había abrazado la ciencia y la investigación como arma para combatir la terrible enfermedad de su especialidad, volcando todos los recursos a su alcance para defender la vida o cuando menos aliviar el dolor.

El se conformaba para sí con los recursos indispensables para vivir con decoro y nunca se lamentó de sus estrecheces económicas; vivía para la ciencia y haciendo el bien por el bien mismo y, si como sostiene Nerio Rojas, el ejercicio de la profesión debe ser una forma técnica de la filantropía, Fernández Colmeiro constituía su mejor ejemplo.

Reunía en sí mismo la doble condición, del investigador que hace de su gabinete de trabajo un santuario y la

del médico humano, que vive el drama moral a que conduce la enfermedad.

Al terminar la labor de cada día, su señora iba a buscarlo al hospital y los tres nos reuníamos en el Café Maieu de la rue Soufflot frente a los jardines de Luxemburgo hasta la hora de comer.

Para mí había llegado a ser una necesidad su contacto, anhelaba la caída de la tarde para verlos y cambiar ideas con estos amigos, sometiendo a su consideración tantas de mis inquietudes en relación a la situación de la Argentina y a los acontecimientos que con acierto suponíamos que se habrían de producir.

Ellos eran mi refugio espiritual; coincidíamos siempre. El trato diario canalizó las recíprocas confidencias y ello explica que a poco de andar, supiéramos de nuestro pasado y de nuestro presente, como si nuestra amistad datara de años.

Y así como él se impuso de mi modesta trayectoria de cirujano, yo supe de la vida de ese hombre, que emigra de su patria en pos de mejores perspectivas, pero no para hacerse ciudadano del mundo, pues siempre mantuvo encendido el fuego sagrado del amor a su tierra, sino para vigorizarse en la lucha y acudir presuroso al llamado de su patria para salvarla o engrandecerla.

Era español por sangre y por convicción. Era profundamente humano por sus sentimientos y su espíritu de tolerancia expresaba su condición de hombre superior, pero era a su vez tan vigoroso como el que más en cuanto hacía a sus principios, que los defendía siempre con toda la fuerza de su convicción.

El quería a su patria como la quieren los hombres libres, como él la soñaba, por eso se mantenía en el exilio,

empeñado en una lucha sin cuartel, para que España albergara en su seno a todos sus hijos, sin distinción de clases ni de credos, como lo aspiran los hombres cuyos principios de libertad y de justicia los aplican sin discriminación, base fundamental de una efectiva democracia.

Fernández Colmeiro era de esos hombres que como las montañas se agrandan al aproximarnos; mi contacto diario con este magnífico matrimonio que me hizo vivir horas placenteras, me autoriza a afirmar que este republicano español era un hombre de excepción, calibrado en una sola dirección, la verdad, la verdad profesional, la verdad en la ciencia, la verdad como principio y fin de todas sus acciones.

El hombre y el médico estaban en él bien representados, la conciencia del deber, el sentimiento de responsabilidad y el sentido humano y moral de la vida, como atributos de aquél, integraban también la personalidad científica de éste.

Reunía a su vez otras dos importantes condiciones: la educación de la sensibilidad y su inquietud filosófica, condiciones tan importantes como decisivas para el ejercicio profesional la primera y la investigación científica la segunda.

No ejercía la profesión con el simple instrumental científico y técnico de la especialidad, lo integraba con una concepción más vasta de lo humano, convencido de que si no se tiene un concepto del todo resulta imposible comprender una de sus partes.

Era el hombre social por excelencia, no podía vivir ajeno al medio, vivía sus inquietudes, sus angustias, sus afanes, sus dolores y sus alegrías y satisfacciones, su feli-

cidad la hacían los demás, por eso era pródigo en afectos y en auxilios, por eso abría las puertas de su casa hospitalaria de París, donde brindamos por su gentileza, por el triunfo de la revolución del 16 de setiembre de 1955 en la Argentina.

Este contacto diario me permitió conocer muchos aspectos de su vida y de su obra, evocaba sus pasajes pero retaceaba la información, poco le gustaba hablar de sí mismo y cuando lo hacía no actuaba como protagonista, destacando el papel de los demás, reservándose para sí papeles secundarios, sirviendo así a su modestia y ocultando sus valores que no siempre pudo disimular. Sus contemporáneos le admiraban y le respetaban; la posteridad le hará justicia.

Los rasgos de su personalidad lo definen desde niño. Siendo niño aún y respondiendo a impulsos incontenibles del espíritu, desafia a la vida y emprende su enconada lucha.

Hijo de la pequeña y humilde aldea de Silleda, de la provincia de Pontevedra, nació el 21 de setiembre de 1898. Fué el cuarto hijo de los cinco del matrimonio compuesto por doña Benita Colmeiro y don Ramón Fernández.

Su niñez transcurrió en el tranquilo hogar campesino de sus padres, alternando el trabajo de los campos con la enseñanza impartida en una escuela local a la que asistió en sus tiernos años. La belleza de los verdes prados gallegos y de sus riachos, marcó para siempre su retina y su sensibilidad poética.

Muchas veces, el niño que llevaba las vacas a pastar, olvidó su bucólica tarea para ir tras un insecto u observar las caprichosas rutas de las hormigas. Su infancia fué

muy dura y pobre. No conoció ningún juguete, los que tuvo fueron siempre de su fabricación o invención. Muchas veces conoció también el hambre y su instinto le llevaba a descascarar el yeso de las paredes para saborearlo, pues era dulce.

Fué muy travieso y bromista; en la escuela siempre el primero en todas las asignaturas. Su madre tuvo una marcada preferencia por él; nunca se explicó bien cuál fué el motivo que la indujo a llevar una tarde al niño, sola, a la Catedral de Santiago de Compostela y allí de hinojos, frotó la cabeza del rapaz contra la frente del Santo "dos croques", que se encuentra en el parteluz del Pórtico de la Gloria y que según una tradición popular gallega, este santo comunica "entendimiento" a aquellos niños cuya cabecita fué frotada a esta estatua.

Una tarde de otoño, teniendo el niño doce años de edad, una vecina de Silleda lo llevó a una feria de la ciudad de Santiago, a la función de un circo que allí funcionaba. La impresión de este espectáculo dejó en el niño una profunda huella. El recordaba este episodio como un acontecimiento de su niñez, refiriendo que a la salida un payaso que estaba en la acera dialogando con el mundo menor le habló de América, y en la fantasía prodigiosa del niño comenzó ya a elaborarse el sueño de la evasión, de una evasión para poder estudiar, ya que el maestro rural no podía enseñarle más que hasta los "quebrados".

Así fué cómo unos vecinos de su pueblo le prestaron dinero para emprender el soñado viaje y en 1912 hizo ruta para Montevideo y zarpó en un barco del puerto de Vigo. Fué el niño mimado de la travesía, conquistó al comandante, la tripulación y el pasaje, con sus agudezas e inteligencia.

Cuando llegó a destino nadie lo esperaba. El adolescente aldeano gallego con su atadito de ropa se alojó en la "Fonda del Vasco" próxima al puerto, donde llegó pidiendo trabajo. El dueño conmovido por aquella naturaleza sensible y audaz, lo destinó a un humilde menester que le permitió ganar unos cuartos. Luego trabajó como mandadero de almacén y de botica en la campaña uruguaya y por unos cuantos largos años.

No sabemos qué razones tuvo el niño para elegir como patria de adopción al Uruguay, pero puede haber influido la circunstancia de tener allí radicado un tío paterno, don Antonio Fernández Muras, emigrado en el siglo pasado, que como tantos otros llegó a sus playas con una mano adelante y otra atrás, y que con la constancia y la fe de la gente de su tierra, inteligente y despierto, progresó mucho, en aquellos tiempos en los cuales ser español era la mejor recomendación en estas tierras americanas, codiciados para el desempeño de puestos modestos o destacados, que requirieran como condición básica, la de ser honrado.

Don Antonio se esforzaba para atraer hacia estas tierras pródigas de América a los hijos de hermanos y parientes, sustrayéndolos a la vida dura de sacrificio y pobreza de la aldea. Y se dice que les ofrecía "cama y mesa en su casa" a quien se decidiera a atravesar el océano. Dinero no. El dinero debían ganárselo como él, a fuerza de sudor y lucha. A su llamado el Uruguay comenzó a poblarse de Fernández de su casta, y a su influencia seguramente se debió la llegada de Pepe, nuestro héroe, el hombre cuya desaparición en la cumbre de su sabiduría, lloramos hoy sus amigos como lo llorarán sus enfermos.

Y así nuestro hombre, como dependiente de almacén

o de botica y tras el mostrador, al terminarse la tarea diaria se quemaba las cejas estudiando el bachillerato, sobre aquel mostrador que más de un día hubo de servirle también de lecho franciscano.

Familias de las más encumbradas y honorables del Uruguay están ligadas a sus luchas y recuerdos afectivos de sus años mozos, ya que una vez venido de la campaña a la capital el joven bachiller, a los 19 años de edad, daba clases de secundaria a compañeros en aprietos y más tarde en liceos, pudiendo así hacer la carrera de médico en la Facultad de Medicina de Montevideo y graduarse en 1928 a los 30 años de edad.

Desde 1928 al 36, ejerció su profesión en la capital del país hermano, fué asistente de Clínica Médica de la Facultad y posteriormente Jefe del Servicio de Radiología de los hospitales.

Frecuentaba la casa del doctor José Abella Peláez, desposado con doña Emma Federica Dajas Dufrechou, médico jefe del Instituto de Criminología del Uruguay, de quien era su discípulo y donde concurría a trabajar con su maestro, recordando nuestro buen amigo que una hija del matrimonio, Emma Eloisa, cariñosamente conocida por Mimita, niña aún, perturbaba la labor de los dos con las cosas propias de su edad, sin advertir entonces que a través de los años habría de ser su dulce compañera.

Se distingue en el ejercicio de su profesión y su labor científica lo acredita como un hombre de ciencia de grandes proyecciones; el tratamiento de los tumores le atrajo siempre y al volver a Europa su intención habría sido radicarse en Alemania para dedicarse a la cancerología.

Proclamada la República en España su Legación en Montevideo lo adscribió oficiosamente como agregado cul-

tural, lo que le permitió alternar y frecuentar los salones de los diplomáticos acreditados ante el gobierno uruguayo, donde sostuvo acaloradas polémicas con valientes conceptos para aclarar el problema español.

En la Legación lo conoció a don Plácido Alvarez Buylla, uno de los poquísimos diplomáticos españoles de carrera, sentidamente republicano, aún antes de la proclamación de la República.

Don Plácido quiso aprovechar el prestigio de Colmeiro en América y al ser recuperada la República para el pueblo español en aquellos extraordinarios comicios del 16 de febrero de 1936 y ser nombrado ministro de Industria y Comercio, arrastró consigo a este novel diplomático, con ánimo de que lo conociera la figura patricia de don Manuel Azaña. El propósito confesado por Buylla a más de un amigo, era llevar a Colmeiro a una representación diplomática española en Sud América.

Ya en España y apenas comenzado a revalidar su título de médico, en ese hito de su vida don Manuel Varela Radio, el eminente radiólogo, lo acoge paternalmente en Madrid, pero el 18 de julio de 1936 estalla la sublevación militar.

Colmeiro no vaciló. De una parte estaba su retorno a Montevideo, sus hospitales, su consultorio, su carrera, su tranquilidad material; de otra la República, el pueblo español agredido. Colmeiro se quedó en España y a los pocos días, al ser designado Alvarez Buylla cónsul general de España en Gibraltar, le sigue, para desde allí defender la República y con ella la patria.

Gratuitamente, sin cobrar un centavo, y sin nombramiento alguno, cooperó en el Consulado Gibraltarinero entre-gándole todas sus energías.

Fué a Tánger, trajo de Tánger y llevó a Gibraltar, en medio de mil peligros, a los españoles republicanos que huían de Marruecos para defender la libertad de su pueblo, hizo innumerables sacrificios, actuando simultáneamente en un hospital de sangre, donde como consecuencia de la radioterapia sufre una radiodermatitis, como resultado de la cual se le caen todas las uñas, y era un moro quien le daba de comer en la boca.

Queipo de Llano, en sus incalificables charlas sevillanas lo amenazó de muerte.

Su fervor patriótico y su inquietud ciudadana lo impulsaban a defender los derechos elementales del pueblo fustigando acerbamente a sus enemigos, a los del pueblo, a los sabotadores de la República, y así libraba batallas en todos los terrenos, también con su pluma y en numerosos artículos donde denuncia los atropellos de la casta dominante, las matanzas en masa de Sevilla, de Granada, la de la Plaza de Toros de Badajoz, etc.

Señaló a su vez con la pluma, el romanticismo del movimiento republicano, imitando a lo que Inglaterra y Francia hicieron hace muchos años y a través de un proceso evolutivo, lo que en Uruguay, decía el autor, cualquier ciudadano considera normal, señalando que los republicanos estaban trabados por el prejuicio de la legalidad y una tolerancia poco propicia para la magna empresa en que estaban empeñados.

Decía en uno de sus artículos: "En Madrid había nacido un grito que yo no sé de dónde salió, sólo recuerdo que el periódico "Informaciones" fué el primero que lo publicó, pero que prendió en el alma candente de la ciudad como una pólvora: ¡NO PASARAN! ¡NO PASARAN! Y al grito de ¡NO PASARAN! todas las mañanas y todas las

tardes partían hombres y más hombres, alegres, sabiendo, pero no pensando que iban a morir en el Alto de León" y agrega: "En la sierra perdieron la vida muchos héroes, todos los que allí murieron eran héroes, que más que fusiles tenían palos. Pero su sangre fructificará en una nueva España, distinta de la vieja, porque será más humana e iluminará lo porvenir de los muchos hombres que sufren en Europa".

Y refiriéndose a los objetivos que perseguían, agregaba: "Hay algo más que nos mueve: El amor a la tierra que nos vió nacer, el propósito firme de que en España no haya mendigos —en la zona leal ya terminó esta vergonzosa plaga de siglos— ni gente descalza y con cara de hambre. Nuestro ejército pues, no lucha por establecer el comunismo libertario, ni el estatal, ni por la república burguesa; lucha para que España se autodetermine a sí misma, para que se dé el régimen que la identifique a su propia naturaleza. En fin, que España sea lo que quiera ser, lo que deba ser".

Y en el párrafo que me complazco en transcribir, señalaba que el movimiento no había sido comprendido aún, por muchos de sus compatriotas. "Por haber convivido largos años en esos países del Plata, sabemos que la democracia es un hecho en el alma de las multitudes americanas. Sin embargo, el pueblo español que en este instante derrama generosamente su sangre defendiendo el pabellón de la democracia y del progreso europeo, frente al avance del fascismo brutal e inhumano, no ha recibido de ahí el calor, el estímulo moral al que, por los vínculos de sangre, de historia, de lengua y, sobre todo, por la grandeza de su causa, se hace acreedor".

Y en otro párrafo decía: "La actual generación espa-

ñola que es toda juventud en brío y en ideal renovador —fruto de muchos años de prédica— pasará a la historia con un haber que la inmortalizará en lo porvenir. Sepultará a la España de El Escorial que, echada primero violentamente de los países europeos, después del continente americano y por último de Cuba, se había refugiado moribunda en la península, haciendo la vida del parásito, del hongo, sobre el organismo de la nación”.

Siete de estos artículos fechados en Valencia, entre abril y mayo de 1937, fueron publicados en el diario “El País” de Montevideo, bajo el título genérico “Guerra por la independencia de España” que se condensaron luego en un folleto con una tirada de 5.000 ejemplares.

De su acción y de sus esfuerzos dan cuenta los fragmentos de la carta a un amigo fechada el 3 de octubre de 1937:

“Aquí trabajo un poco, como médico y también como no médico con don Plácido. Como médico atiendo los refugiados que vienen de la zona facciosa huídos, muchos de ellos llegan enfermos por los sufrimientos físicos y morales. He curado a muchos heridos de guerra. Se trata de muchachos que estuvieron en el frente faccioso y fueron heridos. Luego los mandan a la retaguardia para curarse, pero logran aproximarse a la frontera y cruzarla, desafiando la muerte siempre. Aquí les prodigamos cuidados antes de embarcarse para ahí, para nuestra zona republicana. Me tocó también curar a los naufragos del vapor “Campeador” que hace meses fué echado a pique por los criminales fascistas italianos, como usted habrá leído en nuestra prensa.

Varias veces hube de ir a Valencia desde Gibraltar

por asuntos referentes al Consulado, pero nunca pude verle”.

Y refiriéndose a los artículos publicados en Montevideo dice:

“No tienen más mérito que tratar de difundir la verdad y la grandeza de nuestra causa, para contrarrestar las calumnias que el fascismo lanza en el extranjero contra nosotros”.

Su conducta heroica le deparó sangre y dolor; más de una vez fué alcanzado por ráfagas de ametralladora y en una ocasión identificó a un fascista, oficial retirado, que le disparaba desde un 4º piso de la Carrera de San Gerónimo.

Las cosas no andaban bien para la república. La lucha adversa y desigual comenzaba a minar la moral de estos patriotas. Fernández Colmeiro, siempre inquieto por la defensa de sus ideales, se va a Francia, siguiendo a Buylla, que al final de 1937 es nombrado para ocupar el Consulado General de España en París, falleciendo un año después, cuando ya la sentencia de muerte para la buena causa había sido dictada.

El refugiado político debe afrontar situaciones muy difíciles; se presenta a la Fondation Curie a pedir trabajo con aquella modestia que lo caracterizaba, narra su vida, y al final mostró al director del hospital una de sus piernas en la cual el radium había dejado su huella imborrable. “Es su mejor tarjeta de presentación” acotó el director, y en marzo de 1938 ingresaba al instituto bajo la dirección del profesor Lacassagne, siendo designado pocos meses después asistente de Telecurieterapia.

Y recuerdo haberle oído decir que cuando ingresó

a este instituto de fama mundial, nunca le preguntaron cuáles eran sus ideales políticos o sus creencias religiosas.

El 27 de junio de 1939 escribe a un amigo:

“Ahora dos palabras sobre mi vida. Vine a París de Gibraltar unas semanas después que don Plácido (q.e.p.d.). Querían que me quedase en el consulado, pero había sufrido allí tanto, que no pude aguantar más en aquella cárcel que es la roca. Por otra parte, aquí en París podía prestar servicios igualmente a la república y dedicarme al mismo tiempo a la ciencia. Es lo que hice. Desde hace más de un año ingresé en el Instituto del Radium de la Universidad de París que se dedica a la investigación y terapéutica del cáncer. Creo que me estiman mucho. Hice ya un trabajo científico y voy a comenzar otro. Hace mes y medio pasé al hospital del Instituto y actualmente soy uno de los médicos del Radium. Gano ciencia y fama, dinero ninguno, naturalmente. Usted sabe cómo son las leyes de casi todos los países. Estoy muy contento, sin embargo, y mi vida íntima, estrecha y llena de sacrificios, la llevo con alegría, plena de esperanzas de buen futuro”.

En Francia continuó su obstinada lucha por la libertad, siempre inspirado en el amor al prójimo, a sus conciudadanos y a su patria. En enero y febrero de 1939, cuando el éxodo llevó a Francia en 15 días a 450.000 españoles, en la emigración más numerosa y dramática que la historia del mundo conoce, ayudó cuanto pudo, aquel hombre que ya no tenía nada, que había gastado en su subsistencia todos los ahorros de su vida de trabajo en el Uruguay, incluso el producto de la venta del consultorio. Y allí en París tomó parte como representante de las gentes

libres de América Hispana, en aquellos mítines gigantescos organizados por la Liga contra el Fascismo, el Antisemitismo y el Nazismo, junto a los hombres más eminentes de la democracia mundial.

El 3 de setiembre de 1939 estalla la guerra mundial, tercero y último acto del drama, cuyo primero y segundo fueron Abisinia y España. Debiendo los médicos franceses ser movilizados, el Consejo de la Fondation con Eva Curie al frente, decidió por unanimidad, confiar la dirección del instituto al doctor José María Fernández Colmeiro, para honor de España y para justo premio a su bella vida de desinterés, estudio, vocación y sacrificio.

El influyó en su oportunidad ante una personalidad española de su amistad, para que no se enviaran más españoles al muro del Atlántico y a levantar bombas de tiempo para despejar el terreno. Y mientras él gestiona con éxito ante dos jefes de la resistencia (españoles), en las horas turbulentas de la Liberación, que el Consulado de España en París no fuera saqueado o incendiado, a su esposa le niegan, en el Consulado de España en Bayona, la entrada al país con pasaporte uruguayo porque se había casado con un refugiado político español.

Cuando en los últimos días de mayo de 1940, dos semanas antes de que la bota nazi hollara París y al despedir a los amigos que habían tratado de convencerlo que se alejara con ellos y volviera al Uruguay, su respuesta fué sencilla y firme: “Yo me debo a la Fundación y a mis enfermos” y cuando en la Gare d’Austerlitz esos mismos amigos le daban el abrazo que podía ser el último de la vida y al reiterarle el consejo, lleva a uno de ellos a un rincón del andén y le dice: “Para que no lo diga a nadie más que a mis viejos cuando usted llegue a Montevideo (se

refería a don Antonio Fernández Muras y señora, sus tíos) sepa que ante la decisión de la Fundación de retirarse a un puerto mediterráneo de no recibir plenas seguridades, los alemanes a través de la Cruz Roja Internacional, han prometido respetar la institución y el hospital. Váyase tranquilo por mí”.

Unos años después, en carta fechada el 22 de octubre de 1945, al terminar la guerra mundial, refería Colmeiro:

“Estoy muy bien y contento y sigo trabajando como siempre en el Instituto. Como todos los parisienses he sufrido mucho, mucho, durante la ocupación alemana. Hambre (y eso que desde 1939 como y duermo en el Instituto), intranquilidades. De una cosa no carecí jamás, de fe en que Alemania sería derrotada, de fe que aún tenía que infundírsela a amigos franceses. Pasamos hambre de pan (el que comíamos era negro y escaso), hambre de carnes, de grasas, hambre de alimentos que alimentaran el cuerpo. En general todos estamos hipoalimentados, todos padecíamos un poco de avitaminosis. Yo tuve dos anemias, probablemente en mí se juntaban la pobreza crónica de la alimentación y la acción de los rayos. A esto se agrega el que por ser demócrata y haber combatido a los nazis en los congresos y con la pluma, temía con razón que la Gestapo me individualizase un día y que viniera a las seis de la mañana a buscarme, como solía hacerlo. Desde luego yo no me entregaba. La Gestapo vino a visitarme tres veces y las tres veces la diagnosticué, la última vez cuatro meses antes de ser liberada París”.

Mantenia siempre contacto epistolar con la hija de su antiguo maestro, Emma Eloísa Abella, aquella niña que interrumpía con frecuencia la labor de maestro y discípulo, pero que habiéndose aferrado a los mismos prin-

cipios de libertad, formaba parte de cuanto comité proaliado podía, entre ellos en forma muy especial, el Comité France Libre. Al final de la guerra este comité envió nueve toneladas de café para ser distribuidas entre 17 instituciones de bien público de Francia entre las cuales se contaba la Fondation Curie. Esta circunstancia y el papel importante que le tocó desempeñar a la niña en la tramitación que ello implicaba, despertó en Mimita, como le llamaban los padres, un sentimiento propicio al joven médico que ella conoció, y por su parte Colmeiro comenzó a olvidar las molestias que en su momento le había ocasionado.

Misionero de la libertad, su prédica se caracterizó por su intransigente oposición a los regimenes totalitarios. Su figura había alcanzado gran prestigio en los círculos intelectuales y políticos de Sudamérica. Por ello el despertar de la ciudadanía española en aquel luminoso 14 de abril de 1931 fué para él como para tantos otros, un día de ilusión y de alegría inmensa, recordando su terruño siervo y los otros terruños de las otras regiones españolas tan siervas como el gallego que vivirían el acariciado sueño de la liberación.

En lo social, se le abrieron los más calificados círculos franceses en los cuales nunca dejó de aprovechar las coyunturas propicias para afirmar sus ideales de libertad y liberalismo, así como su condición de español republicano. No cayó ni por asomo, en el “snobismo” de posguerra de tanto intelectual, transando abierta o vergonzosamente con el comunismo. Para Colmeiro, como para todo buen demócrata, todos los totalitarismos, del color que fueran, eran igualmente repudiables, como negatorios de la libertad más preciada: la individual.

Su consagración al tratamiento del cáncer le dió renombre mundial y fueron numerosos los trabajos publicados en revistas médicas y llevados al seno de sociedades científicas sobre cáncer del útero, de la mama, del ovario, de la pied, de la laringe, del canal anal, del radio cáncer, etc., trabajos enjundiosos que merecieron los más elogiosos comentarios.

Sus condiciones relevantes le permitieron quemar etapas en la Fondation Curie y ser objeto de las más altas distinciones a que puede aspirar un hombre de ciencia.

A los pocos meses de su ingreso a la Fundación en 1938 fué nombrado asistente de Telecurieterapia y en 1941, primer asistente Roentgenterapia, dedicándose al tratamiento del cáncer de la mama, laringe, útero, etc.

En 1947 fué nombrado Médico Adjunto de Roentgenterapia y en 1948 lo nombran Encargado de ese Servicio, dedicado a los tumores de la pelvis, hasta que el 1º de julio de 1952 lo nombran Jefe del Servicio de Roentgenterapia, que desempeña hasta fin de sus días.

En 1947 es invitado por el Gobierno de Venezuela a dictar un curso de tres meses sobre cancerología en Caracas y otros centros científicos de ese país.

He aquí, fragmento de una carta del 10 de diciembre de 1947 con motivo de la muerte de su tío don Antonio Fernández Muras.

“Ayer recibí su carta y mi corazón le agradece todas sus buenas y nobles palabras de recuerdo que le dedica al viejo en ella. Yo estoy muy apenado por su muerte. Me sangra el alma de dolor. Quería mucho al viejo, porque fué para mí todo en la vida. Fué padre, fué hermano, amigo, compañero. Cuando yo vivía en Montevideo él venía todos los días a despertarme de mañana, y luego, fuera

de las ocupaciones, todo el día estábamos juntos, entre amigos, en el café, en el teatro. Me reñía cuando yo hacía algo que no debía y se ponía contento y orgulloso cuando yo hacía una cosa bien hecha. Es la persona que más ha influido en mi vida. El me ha enseñado a ser bueno, a hacer el bien, a ser honrado, a ser moral, en fin, me ha enseñado a ser hombre. Yo no puedo olvidarle. No podré olvidarle nunca”.

En 1948 es objeto de otra honrosa invitación por parte del Instituto de Radiología de Montevideo, y en nombre de la Facultad de Medicina da conferencias y cursos sobre temas de su especialidad, siendo cordialmente recibido por la que fuera su patria de adopción.

Y aquella niña, hija de su maestro, bachiller francesa y uruguaya y estudiante de derecho de la Facultad respectiva en Montevideo, con quien la epístola había identificado, une sus destinos a los de él, contrayendo enlace el 24 de abril de ese mismo año, embarcándose para Francia ese mismo día.

En 1950 representa a la Fondation Curie en el Congreso Internacional del Cáncer que se realiza en París y en 1953 ejerce la misma representación ante el Congreso Internacional de Radiología que se realizó en Copenhague.

En 1952 la Academie National de Medecine le otorgó el Premio Chevillon, por sus trabajos sobre el “Tratamiento del Cáncer por los Rayos X”. Y cuenta su señora, a propósito de su modestia, que de este alto honor, sólo se enteraron ella y una compañera de la Sorbona, con quien luego de la ceremonia lo celebraron en el café Deux Magots con un refrigerio.

En diciembre de 1953 fué relator de la Fondation Curie en la reunión de fin de año dedicada al Cáncer del

Ovario, de la Sociedad de Jefes de Centros Anticancerosos de Francia.

En 1956 es ponente en el Congreso de Radiología de Méjico, a dónde fuera especialmente invitado, y en su travesía, en el "Antilles", que habría de conducirlo a Puerto Rico, al tocar el puerto de Vigo, experimenta el matrimonio una gran emoción: alrededor de 150 personas los rodeaban en las horas que allí permanecieron, y Colmeiro al tocar tierra española tuvo que reponerse del impacto emocional. En la casa del doctor José Carlos Colmeiro Laforet, su primo, ginecólogo, reciben el saludo de numerosas personas, parientes y amigos, y al volver a su camarote del "Antilles", lo encuentran colmado de obsequios de todo género: bombones, cruces de plata de Santiago, ceniceros, toda clase de objetos folklóricos, libros y un ramo de flores para la señora del tamaño de una persona, con una tarjeta que decía: "A la esposa de uno de los españoles más grandes de nuestra época".

Emma Eloísa Abella, intelectual como él, y digna compañera, sigue la carrera de las letras y la escuela del Louvre, y así llega a adquirir el título de licenciada en Letras de la Sorbona, preparando desde hace cuatro años su tesis de doctorado sobre Julio Herrera y Reissig. Su padrino de tesis es el profesor Charles Aubrun, director del Instituto Hispánico, que le habrá de reservar un lugar en su seno.

A fines de 1956 viaja a la Argentina, especialmente invitado, para asistir y dar conferencias en el XXVII Congreso Argentino de Cirugía, y a la suerte de tenerlo entre nosotros, agregamos el valor de sus enseñanzas, que transmitió con la prodigalidad digna de su condición de

maestro, como se puede deducir de la actividad que aquí desarrolló.

El 6 de octubre pronuncia una conferencia en la Fundación Roux, sobre el Cáncer de Mama.

El 9 de octubre asiste como coordinador a un Symposium del Congreso que versaba sobre Cáncer de Utero.

El día 10 pronuncia una conferencia en el Salón de Actos de la Facultad de Medicina, programada por el Congreso, sobre Cáncer de Ovario.

El día 13 de octubre pronuncia otra conferencia sobre "Radiocánceres Terapéuticos", en la Clínica Quirúrgica del profesor Juan Martín Allende, en Córdoba.

El día 15 en la Asociación Argentina de Cirugía, se refiere al Epitelioma del canal anal; el 16 en la cátedra del profesor Alejandro Pavlosky habla de Cáncer de útero con estadísticas y curaciones.

El 17 de octubre habla de Radiocánceres Ginecológicos (Radiosarcomas y Radioepiteliomas) en la Asociación Argentina de Cirugía y al día siguiente en la Sociedad de Obstetricia y Ginecología se refiere al problema del Cáncer uterino estado 1.

El 20 pronunció una conferencia en el Instituto de Oncología "Angel A. Roffo", sobre los Resultados del tratamiento con distintos voltaje del cáncer de útero.

El 26 de octubre en la Sociedad de Ginecología y Obstetricia de Montevideo habla del Problema del Cáncer cérvico uterino, estado 1, con estadística.

El día 27 en el Salón de Actos del Hospital "Pereira Rosell", también de Montevideo, habla de los Resultados del tratamiento del Cáncer uterino con rayos X de distintos voltajes (estadística de la Fondation Curie).

En la Cátedra de Radiología de la Facultad el 30 de octubre habla sobre Técnica de la radioterapia del cáncer uterino con Curas Isodosis, y el mismo día en la Sociedad Argentina de Cancerología se refiere a la Radioterapia preoperatoria del cáncer del ovario.

Y continuando su actividad científica al margen del Congreso de Cirugía que se realizaba, pronuncia el 31 de octubre una conferencia sobre Indicaciones de la cirugía y de la radioterapia en el epiteloma de la mama, en la Sociedad Argentina de Radiología.

A su vez se cumplió un programa social y cultural al cual contribuyó la señora de Colmeiro con una interesante conferencia sobre el poeta Antonio Machado, que pronunció en el Instituto de Cultura Francesa.

El 31 de octubre de 1956 nos abandona, siempre acompañado de su esposa, para volver a Francia, la de su refugio, la de su ciencia y la de sus amores. Mantuve con él permanente correspondencia y algunos meses después tuvimos la grata noticia de la llegada de Rosalía. Produjo entre nosotros verdadero júbilo; Fernández Colmeiro y ella necesitaban tener un hijo, su sensibilidad lo reclamaba y el destino como premio postrero, se lo envía. Le hizo conocer la felicidad que presentía, le hizo desear perpetuarse, como se deduce de sus reflexiones cuando decía:

“La hija viene cuando tengo ya la cabeza blanca y los demás tienen nietos; es un aliciente para seguir luchando a fin de verla crecer. La hemos bautizado hace tres meses; lo hizo un conocido canónigo vasco, emigrado, con mucho orgullo de hacerlo. Yo tengo como usted sabe, un hermano y un sobrino sacerdotes en España que querían venir a bautizarla, pero soy un poco rebelde y quise

que la bautizara un compañero de exilio de los que no entran allí”.

Y así se fué Fernández Colmeiro, silenciosamente, con la modestia que caracterizó su paso por la tierra, respondiendo al contenido de esa frase que era de él: “La caridad tiene una flor, el silencio”.

Murió como vivió, perdonando, pues él no conocía el rencor, como cuando aquel día en que, caminando cerca del Pantheon, en París, y al cruzarse con cierta persona, su señora inquirió la razón de su estupor, a lo que él responde: “Esa persona es quien me delató durante la ocupación alemana y por él fui perseguido. Llegó la liberación y pude haberme vengado, opté por hacer de cuenta que ignoraba su nombre. Tú también lo debes perdonar y olvidarte ahora mismo y para siempre de esta conversación”.

Alimentaba su espíritu en otra forma, admirando el contenido moral de las acciones, rindiendo pleitesía a la virtud, a la ciencia, a la dignidad, a la moral. Por ello era gran amigo de don Trifón Gómez, jefe del Partido Socialista en el exilio, ejemplo de patriota, autodidacto insigne, maestro de conducta intachable y de generosidad sin límites. Con él compartió el exilio.

La obra escultórica de Mateo Hernández, que vivía como don Trifón en Menton, de Francia, estaba destinada por disposición testamentaria del autor, al Estado Español, expresando el deseo de que sus restos descansaran en su aldea natal de Béjar. Todas estas disposiciones se cumplieron merced a la diligencia de Colmeiro, con la colaboración de ella, su dulce y eterna compañera, que borda la bandera republicana que envuelve el cuerpo del escultor.

Se va Fernández Colmeiro, cuando aún podía dar mucho a la sociedad y a la ciencia; se va cuando el destino le depara la satisfacción de esa niña que llega para transformar el ambiente de ese departamento de París, que encierra libros, ciencia, arte, y cáncer. Llega Rosalía, como Juanita a la "Ciudad de los libros" de la novela de Anatole France "El crimen del académico", se abren las puertas, las ventanas, para que entre el sol, la luz y la alegría. Y en ese departamento del Boulevard Bertier, desde que ella vino, no se hablaba de ciencia, ni de arte ni de cáncer. Se hablaba de Rosalía y se vivía para Rosalía; de ello nuestro querido amigo, sólo gozó escasamente dos años.

Hoy sus compatriotas y sus amigos le rinden homenaje; la Asociación Argentina de Cirugía, la Asociación Argentina de Cancerología, la Sociedad Uruguaya de Ginecología, la Royal Society of Medicine de Londres y tantas otras instituciones científicas de las cuales Colmeiro era miembro, rinden el homenaje reverencioso que le son propias, perpetuando su memoria a través de sus enseñanzas e inspiraciones. Porque a él se le recuerda, se le invoca, se le cita y se le aprecia.

Sus razones tenía el actual gobierno de España para atraerlo a su seno, enviándole en dos ocasiones emisarios con este objeto, a los cuales respondió Colmeiro que "las causas que lo habían llevado al exilio persistían".

Y nuestro amigo se va antes de que la España de El Escorial y su prolongación de Cuelgamuros, haya sido sepultada. Más pronto o más tarde el hecho acaecerá. En esa nueva España el recuerdo de este hombre, hecho de una pieza, tendrá el sitio de honor que ya tiene entre

quienes conocimos sus ejemplares virtudes de hombre libre y de médico insigne.

Y en su viaje a la eternidad, lleva en el lado izquierdo de su pecho, un puñado de arcilla de su aldea natal, mezclada con tasquiles de ágatas del Uruguay.